



# Impulsos de autodestrucción

LOS INDIVIDUOS DE CIERTAS COMUNIDADES ZOOLOGICAS, CUANDO EN ELLAS SE ALCANZA UN NIVEL DEMOGRÁFICO EXCESIVAMENTE ELEVADO, GENERAN IMPULSOS DE AGRESIVIDAD QUE REFLEJAN UN AFÁN SUICIDA DE AUTODESTRUCCIÓN. EN ESTAS CONDICIONES, LAS RATAS, POR EJEMPLO, DEVORAN A SUS CRÍAS, DESTRUYEN LOS ALIMENTOS Y, PURA Y SENCILLAMENTE, SE ATACAN ENTRE SÍ.

## Alejandro Nieto

Parece que los españoles de las grandes ciudades se encuentran ya en esta situación límite: los unos no dejan dormir a los otros, los aficionados al fútbol atacan en manadas y perjudican al club que los alimenta, los vecinos insultan o apedrean a la policía que ha venido a detener a un delincuente que estaba haciendo destrozos en el barrio y las dificultades del tráfico se empeoran deliberadamente ya que, al no respetarse los semáforos en las rotondas y al aparcar en doble fila, la circulación se hace aun más lenta. El sentido común –apoyado esta vez por los expertos– nos dice que si los conductores se comportasen honestamente, todos saldrían ganando porque el tráfico sería más fluido. Pero los automovilistas prefieren el colapso permanente a someterse a la disciplina, y nada importa con tal de conseguir un aparcamiento precario ocasional o de ganar la mano a los que vienen por la derecha.

En la Administración de Justicia sucede lo mismo: se pleitea y se apela con insistencia maníaca a sabiendas de que no se va a ganar y de que con la colaboración de unos y otros los juzgados terminan embotellándose. No se renuncia a un incidente y luego nos quejamos de que las tramitaciones no se cierran nunca. Se nos ha



estado haciendo durante muchos años publicidad de las bondades de la Justicia gratuita y ahora descubrimos que en el autobús de las audiencias y juzgados no cabemos todos, que hay que hacer cola en la parada y viajar incómodos, apretujados e inseguros.

*Se pleitea y se apela con insistencia maníaca, a sabiendas de que no se va a ganar y de que con la colaboración de unos y otros los juzgados terminan embotellándose*

Ante esta situación, que entre todos hemos provocado, unos se desalientan y otros protestan; pero que conste que la solución no está en poner más coches públicos ni en reducir con trampas procesales el acceso a las apelaciones. El único remedio es la autodisciplina, la renuncia a lo inútil, la abstención civilizada, la cortés primacía de lo general sobre lo individual y, en definitiva, la conciencia de que no hay que esperar todo del Estado y que, si queremos mejorar, hemos de empezar por nosotros mismos.

Aceptadas de ordinario estas proposiciones, otra cosa es pasar del dicho al hecho, pues la consigna es que lo hagan los demás y que la disciplina es para los otros. En consecuencia yo voy a los juzgados y dejo aparcado el coche en la esquina estorbando el giro, en la secretaría me enfadaré con un funcionario que no me atiende con la rapidez que yo quiero, insultaré en voz baja al juez que me retrasa la sentencia y, cuando ésta se dicte, animaré al cliente a recurrir. En las tertulias afirmaré a gritos que este Estado es un desastre, que aquí no funcionan los servicios públicos y que el peor de todos es el de la Administración de Justicia. Todo lo cual es cierto, pero me guardaré mucho de decir que con mi comportamiento incivilizado y autodestructivo yo, personalmente, estoy contribuyendo eficazmente a la producción de tal caos.

Está perdida la sociedad que va a lo inmediato sin pensar en el futuro, y mal fin tendrán los individuos que sólo van a lo suyo porque, al salvarse ellos, que pueden, perjudican a la comunidad, que terminará arrastrándose en su caída. Pero es claro que en esto no se piensa cuando las cosas van bien, o parece que van bien, porque a los triunfadores no les gustan las advertencias de sibilas agoreras. La destrucción de la Alemania nazi no empezó en Stalingrado sino muchos años antes, aunque a tantos alemanes les fuera aparentemente bien. En ocasiones se tiene la sensación de que las satisfacciones presentes están programadas para terminar en un fin desastroso. ■